

Discurso de Eli Peonidu en el 9o. Congreso de Críticos de Literatura,
Madrid, 19-24 de octubre de 1981

Queridos amigos:

El tema que tratamos es, para nosotros - que somos uno de los pueblos más pequeños pero de los más antiguos - algo más que interesante. En Chipre sucedieron en los últimos años muchos acontecimientos, cuyo colofón fue la invasión por parte de un país extranjero, grande, trayendo como resultado la división de la isla en dos y la separación, por medio de fronteras artificiales, de las dos comunidades, la griega y la turca. Pero eso es solamente la superficie. En el fondo, esos hechos fueron como una profunda puñalada en el mismo cuerpo de una civilización antiquísima, que corre el peligro de ser aniquilada totalmente.

Nuestro pueblo lucha por solucionar ^{su problema,} pero al mismo tiempo por mantenerse en vida, apoyado en sus raíces, o en lo quedó de ellas. Casi la mitad de la población, cerca de 200 000, son refugiados, que tratan desde hace 7 años de enraizarse de nuevo. Entre tanto, los poetas siguen inspirándose, todos los creadores en general tratan, en medio de la confusión, la desesperación y la oscuridad, de marchar hacia adelante, de seguir la vida que corre más rápido que ellos. Los vestigios de la reciente guerra se borran por los pasos de los miles de turistas, y su resonancia se borra por los aviones militares de las bases británicas. La televisión nos bombardea con emisiones norteamericanas, inglesas, árabes, hebreas y todo lo que llega a sus antenas. Otros tantos idiomas circulan en nuestras tiendas, hoteles, hasta se introdujeron en nuestro vocabulario cotidiano.

Con una nostalgia dolorosa notamos que las últimas muestras de nuestros trajes nacionales se pierden por la moda, y con un pesar profundo vemos que las impersonales "comodidades" internacionales, el cemento, el plástico, el acero inoxidable, sustituyen a la piedra, la madera y el mármol que nos crió. Al mismo tiempo nos duele la liquidación que los conquistadores hacen de nuestros monumentos antiguos en las subastas de las grandes capitales. Y todo eso, en tanto que sentimos sobre nuestra cabeza la amenaza de la guerra que rodea toda la caliente zona de nuestra área, pequeños e indefensos.

Oni.31

No quiero, por supuesto, aducir que Chipre es el único blanco de esta demente confusión y angustia. No obstante, como lugar pequeño y lleno de problemas, es natural que reciba mucho más intensas las presiones y enfrente el peligro de quedarse como cáscara de nuez en medio de todo tipo de inmensas olas que le rodean.

Aquí se ve el papel que puede desempeñar el pensamiento crítico en su sentido más amplio y generoso. Ayudar al creador, pero también al receptor, para que descubran la esencia dentro del multo de los elementos exteriores. Limpiar el camino hacia las auténticas raíces, quitándole la mala hierba y las espinas. Ser el eslabón que unirá lo viejo con lo nuevo, lo clásicamente eterno con lo graciosamente pasajero.

La falta de pensamiento crítico en un país pequeño, lleno de problemas políticos, sociales, etnológicos, adquiere dimensiones inquietantes y crea una brecha entre el creador y su propio pueblo, pero también entre el creador y el mundo exterior.

No sé si es internacional la injusta frase de que "el fracasado poeta se hace crítico"; en nuestro caso, no obstante, si una parte de nuestros poetas fueran críticos, eso hubiera ido en beneficio de ellos mismos, de su poesía y su país. Y eso no porque padecemos de escasez de valioso material poético. Por el contrario. Sin vacilar, podría enumerar más de diez nombres de buenos poetas y más de treinta de poetas reconocidos. Nuestra poesía contemporánea podría muy bien compararse con la de cualquier otro país. Las raíces de nuestra poesía se hunden en la profundidad del pasado, hasta la época de Homero, nutriéndose, a través de los siglos, de todo tipo de fertilizantes que dejaron los diversos pasajeros, conquistadores, viajeros, corsarios, peregrinos. Las bellezas del paisaje, el suave clima, los colores, los aromas, el mar y la ardiente naturaleza mediterránea del chipriota, encuentran expresión en la poesía. Si a todo ello se suma el hecho trágico y absurdo de la guerra - las guerras - que, como un destino infausto, sin relación ninguna con el carácter sereno del pueblo, son provocadas por los extranjeros, organizadas y ejecutadas por extranjeros, si se suman a todo esto, entonces la poesía, dentro de su lirismo, adquiere, inevitablemente, también aquel elemento dramático que la hace doblemente fuerte, doblemente perceptible.

Esta poesía, pues, que en los últimos años alcanzó, a raíz de

las recientes trágicas motivaciones, un florecimiento enorme, es muy poco conocida en el espacio allende del litoral de Chipre. Me atrevería decir que es apenas conocida dentro del espacio helénico. Y una de las razones principales es la falta de una crítica que se ocupe de sacarla de lo ignoto y darle alas para volar.

Sin embargo, existe también, como dije al principio, otra particularidad candente. En el pequeño espacio de nueve kilómetros cuadrados vivimos, totalmente separados unos de otros y sin que tengamos, en absoluto, ningún contacto, las dos comunidades. Para destacar cuán artificiales son las fronteras entre nosotros, les contaré una pequeña historia. Tengo correspondencia, a través de un tercer país, con una joven poetisa turco-chipriota. Nunca nos hemos conocido, aunque vivimos a unos 50 kilómetros una de la otra. No obstante, nos escribimos (en una época que el teléfono, el télex y el telegrama han abolido casi la correspondencia) cartas de diez o veinte páginas. Cartas-documentos, que pudieran haber sacudido las poltronas de los señores que están sentados en las Naciones Unidas y hablan de "impases" y "falta de comprensión" entre los greco-chipriotas y los turco-chipriotas.

Mi amiga, pues, me escribe: Me siento chipriota. Siento la necesidad de descubrir mis raíces y de estudiarlas. Pregunto a mis amigos poetas de Turquía, ¿dónde encuentran sus propias raíces? Y me responden: en los grandes clásicos de la poesía turca. También yo les estudio. Soy chipriota, deseo profundizar en mis propias raíces, las de Chipre. Y de repente, descubro el abismo que nos separa. ¿Dónde hallar los medios?, no poseo libros, no hablo el griego, no tengo a nadie que me ayude.

Entiendo a mi amiga turco-chipriota. Tiene todo el derecho de considerarse chipriota. Su procedencia es más antigua que aquella de los canadienses, de los australianos, o de los pobladores de los Estados Unidos. A nadie se le ocurre decirle a los canadienses que no son canadienses, o a los australianos que no lo son.

Para concluir, la crítica literaria podría contribuir a la solución de tantos problemas, grandes y pequeños, que nos preocupan. Podría, aún, abrir un sendero, aunque al principio fuese

insignificante, para el conocimiento de la literatura de las dos comunidades. En otras palabras, podría jugar, indirectamente, un papel político, acercando a nuestras dos comunidades, las que, fatalmente, de año a año, se alejan aún más.

No desearía cansarles más con nuestros asuntos. Nosotros, todos los chipriotas, estamos loca e incurablemente enamorados de nuestra pequeña patria. Ella nos duele, no como se duele el hijo de la madre, sino como se duele la madre del hijo, pequeño y débil. Es por ello que temas como el que abordamos, "la importancia de la crítica literaria para las culturas de los pueblos pequeños" son para nosotros temas candentes.

Creemos que para que nuestra patria se salve, más allá de la solución pacífica del problema, deberá salvarse nuestra cultura. Y, para salvar su cultura, los críticos deberán colocarse en primera fila de combate, señalando el camino a seguir.

Me siento particularmente dichosa de haber tenido la suerte de asistir al Congreso de la Unión Internacional de Críticos Literarios, el cual da la oportunidad de que sean escuchadas las voces de los pueblos pequeños desde una tribuna oficial. Creo que la Unión Internacional de Críticos puede lograr muchas cosas en el sentido de la promoción de la obra de sus literatos desconocidos y sacarlos, así, del anonimato. En este punto quisiera destacar el papel de la revista de la "Unión de Críticos" y expresar el deseo de que circule en más lenguas y más a menudo.

Finalmente, desearía agradecer a los colegas españoles, quienes con su calurosa acogida nos hicieron pasar horas inolvidables en su hermoso país.